



Queridos amigos:

Quizá hayáis visto alguna vez cómo abren los niños los regalos de reyes. Cómo el ansia se apodera de ellos, cómo sus manos van más deprisa incluso que su deseo, cómo el papel (tan hermoso en muchas ocasiones) es destrozado por unas manos impacientes, posesivas, que parecen necesitar saber deprisa qué es lo que llega...

Sin embargo, no es extraño que casi con la misma rapidez dejen a un lado lo ya visto y empiecen a mirar los otros regalos de alrededor, a desear que también sean para ellos. Alguna vez incluso quieren abrir los de los demás en un afán de descubrir no se sabe muy bien qué, que les traiga la alegría esperada, pero...

Cuento esto porque tengo la sensación de que nuestra sociedad está creando en nosotros la idea de que lo que trae la alegría llega de fuera, es siempre nuevo, y debemos apoderarnos de ello ya, enseguida, sin ninguna preparación... *y esto es un engaño.*

Nuestra sociedad ofrece tantas posibilidades a los que han tenido un poco de suerte en la vida y tienen recursos, que uno se siente abrumado: armarios a reventar de ropa, móviles que se superan a sí mismos casi a diario, videoconsolas y programas de ordenador fascinantes, bebidas y sustancias para nuevas experiencias, música a la puerta del oído, comida sobreabundante y a elegir...

Sin embargo, me pregunto si además de algo de vanidad, diversión y entretenimiento (nada despreciable, por cierto), todo esto es capaz de producir en nosotros aquella alegría interna que nos posibilita estar en cualquier momento y en cualquier situación a gusto con nosotros mismos.

Pensad si no reaccionamos ante todas estas realidades como los niños en Navidad. Con ansia desmedida de tener, de poseer, de consumir, y con la desesperación de no terminar de encontrar nunca lo que parece pedirnos el corazón.

Y es que el verdadero lugar donde nos espera la alegría no es en ningún objeto exterior, sino nuestro propio interior. Aquel interior que sabe descubrir en cada momento la riqueza de la vida. Aquel interior que sabe percibir las propias cualidades y activarlas hasta sentir cómo crean vida a nuestro alrededor. Aquel interior que sabe dejarse amar porque confía en los demás y que sabe amar a los demás sin exigir nada a cambio. Aquel interior que sabe estar en silencio porque no tiene miedo a lo que no le gusta encontrar ahí dentro. Aquel interior que se sabe acompañado siempre por la confianza de algunos, y por la vida y el amor discreto de Dios.

Pero esto no se puede desenvolver a toda prisa, no se puede comprar, no viene en el interior de ningún cóctel ni de ninguna pastilla, ni lo traen las musas de la música que nos acuna tantas horas al día...

Esta alegría es un tesoro escondido que necesita un mínimo de compromiso con nosotros mismos. Necesita momentos para una mirada tranquila y crítica sobre la vida exterior e interior. Necesita confianza en que somos valiosos aunque algunas cosas nos salgan mal o tengamos miedo de no ser valorados. Necesita vivir no sólo para recoger, sino también para ofrecer. Y quizá necesite el encuentro con aquella mirada divina que nos define como hijos queridos y enviados a bendecir el mundo con nuestros talentos.

Todo esto quizá parezca excesivo para nuestras fuerzas, pero comienza de forma tan sencilla como no dejar pasar las oportunidades concretas que se nos ofrecen para crecer y vivir con calidad humana (en el Colegio, en la Universidad, en la ciudad,...) y aprender a decir no a tantas cosas que nos roban (por no saber ponerlas en su sitio) lo mejor que llevamos dentro.

Como siempre un saludo. Paco.